

PERÍMETRO

PERÍMETRO

Jair Domínguez



Tal vez su vida solo tenga sentido porque alguien le persigue.

Primera edición: marzo de 2016

Cubierta: Run

Maquetación: Marquès, SL

Imagen de cubierta: Drake 00

Foto del autor: © Cristina Gaggioli

Edición: David Sánchez Vaqué

Dirección editorial: Iolanda Batallé Prats

© 2016 Jair Domínguez por el texto

© 2016 Catedral por la edición en lengua castellana

Casa Catedral

Josep Pla, 95

08019 Barcelona

Impreso en Liberdúplex

Ctra. BV 2249, km 7,4

08791 Sant Llorenç d'Hortons

Depósito legal: B-241-2016

Impreso en la UE

ISBN:978-84-16528-01-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que pueda autorizar la fotocopia o el escaneado de algún fragmento a las personas que estén interesadas en ello.

*Para Agnès, que me enseñó dónde
estaba el Desierto*

*Who is the third who walks always beside you?
When I count, there are only you and I together.*

T. S. Eliot

*No te pares, no te pares,
que el jinete va deprisa.*

Pepe Sales

EL DESIERTO

El 6 de diciembre cae un trueno silencioso.

La voz distorsionada me habla al oído y me pide que les mate.

Y después: la oscuridad. La oscuridad y el vacío. Se oye el sonido de la Llama Que Arde. El sonido de la Creación. Detrás de mí: solo esqueletos de ballenas y navíos en llamas. Los edificios asisten al fin del mundo. El agua se convierte en polvo.

En la inmensidad del Desierto, UN HOMBRE. Le llaman el Ingeniero. Lo fue en algún momento de su vida. Tal vez lo siga siendo.

Hace meses que camina. Puede que años. Es alto y corpulento. Viste una casaca acartonada, descolorida por el sol. Una insignia de latón en la solapa le identifica como miembro de una unidad militar ya olvidada.

El pelo largo cae sobre sus hombros. Se mueve de lado a lado tapándole media cara. A veces se lo recoge usando un palo y un cordel —no tiene nada más— pero prefiere sacrificar campo

de visión a cambio de esa cortina de cabello que le protege del sol.

El Ingeniero es cojo de una pierna y el balanceo de su cuerpo hace tintinear de forma inquietante el macuto que lleva a su espalda. Suena un carillón tocado por un loco.

El Desierto es aparentemente infinito. Rocoso, estéril, despiadado. No tiene para ofrecer más que remolinos de polvo blanco y árboles disecados. La arena ha perdido su color natural, desgastada por un sol que brilla dieciocho horas al día sin que haya una nube capaz de interrumpir su labor imperturbable.

En el Desierto no hay nadie. Y mucho menos de día. Pero hoy el Ingeniero ha visto a una persona. Un hombre vestido de blanco, con un saco de arpillera en la cabeza, que golpeaba un artefacto mecánico. El hombre se ha asustado y ha desaparecido dejando una silueta brumosa. El Ingeniero no sabe si ha visto a una persona de verdad o a un fantasma, pero eso tiene poca o ninguna importancia, dadas las circunstancias. El Desierto está lleno de salteadores y brujas y

se abre ante él una herida en el tejido cósmico. Pero el Maestro le había enseñado la Disciplina y eso lo cambiaba todo.

Al atardecer, el viento sopla con fuerza. Hay que buscar refugio. El viento arrastra afiladas astillas de piedra que se clavan en los ojos y te dejan ciego. El Desierto hace que el infierno de Dante parezca un domingo en la Grande Jatte.

Por el camino encuentra cobertizos construidos por exploradores y ladrones. Son dólmenes hechos con piedra calcárea y pizarra en los que a duras penas cabe una persona. El Ingeniero se introduce en uno de ellos, saca la manta del macuto y la usa como almohada. No acostumbra a dormir demasiado porque al poco le asaltan sueños horribles.

Cuando despierta, sea de noche o de día, se incorpora, hace unos breves estiramientos para desentumecer el cuerpo y sigue caminando.

A media mañana, el Ingeniero descansa bajo un árbol muerto, aunque sabe perfectamente que los árboles muertos no arrojan sombra. Coge una cantimplora metálica llena de agua caliente y toma un sorbo. Mientras enrosca el tapón ve una hormiga roja en medio de aquel

infierno blanco. El Ingeniero aparta el pie y observa la hormiga, que ahora se mueve en círculos. Acto seguido vuelve a colocar el pie donde estaba. La hormiga estalla y suena como una vesícula reventada.

El sol se esconde tras unas montañas negras y lisas como pirámides de obsidiana. El Ingeniero se sienta ante una hoguera, tapado con la manta. A sus pies, un trapo en el que hay envuelto un trozo de carne seca y pastas de maíz. Algunos insectos que acechan desde el abrigo de la oscuridad se acercan y tratan de llevarse las migajas que caen al suelo. Cuando acaban con las migajas se comen los unos a los otros.

La noche lo consume todo. Las estrellas se desprenden del cielo.

De noche, el Ingeniero se desnuda y deja que la brisa le envuelva. Extiende la ropa en el suelo y palpa su cuerpo desnudo, lleno de cicatrices. Recuerdos de cuchillos sin dueño y agujeros de balas que aún siguen dentro. En su pecho, un corazón tatuado con nombre de mujer. El Ingeniero salta y baila y los colgantes hechos con plumas y piedras tintinean en el vacío.

El primer rayo de sol arde sobre su piel

PERÍMETRO

blanca. Se viste rápidamente. En la casaca del ejército hay un nombre bordado: DUPRÉ. Los pantalones están tan gastados que se desgarran al menor contacto. Las botas, en cambio, son nuevas. El Ingeniero se las robó a un soldado. Le van pequeñas, pero son resistentes. Merece la pena aguantar el dolor. En el Desierto, sin botas, te mueres.

El Ingeniero camina entre las rocas y se acerca a la base de una montaña poco escarpada. No debe de haber más de treinta metros de desnivel. Hay que contar cada paso y visualizar el siguiente. Una vez has iniciado al ascenso ya no puedes detenerte para volver atrás. Tienes que llegar a la cima a la primera, en un solo intento. Un paso, otro más, cuidado con el agujero, no vaciles, concéntrate. El Ingeniero tiene una herida antigua en la pierna. Un dolor profundo que le recuerda quién es y cuál es su misión.

Llega a lo alto de la colina y observa. Tiene una visión general del Desierto. Su objetivo es un sendero medio borrado por el viento que conduce al Sur. Es imposible verlo desde abajo. Traza mentalmente el dibujo del camino y vuelve a bajar.

El Desierto siempre es igual.

El sol sale.

El sol se pone.

Vuelve a salir.

Vuelve a ponerse.

A veces llueve. Pero al poco deja de llover. Sale el sol tras las nubes y evapora el agua.

Cuando se acerca el otoño empieza a hacer frío. Sobre todo de noche. Entonces el Ingeniero se tapa con la manta y consigue dormir algo más. Pero al cabo de unas horas vuelven las pesadillas. Sueña con un lugar misterioso. Hay barcos. Y agua. Tal vez sea un puerto. Hay más agua de la que ha visto en toda su vida. Puede que sea la simple necesidad de sus moléculas, sedientas. Las siluetas de los barcos, flotando en el éter, le acompañan un buen rato, estando ya despierto. Pero lo que realmente inquieta al Ingeniero no son los barcos, ni el agua que aparece en sus sueños. Lo que le da miedo son las sombras de los hombres que le acechan en cuanto cierra los ojos.

Sombreros de copa y bigote. Trajes elegantes y olor a brandy y chimenea. No sabe por qué le persiguen. Aparecen de la nada, tras él. Le atan los brazos y las piernas y abren un maletín de

PERÍMETRO

médico lleno de utensilios horribles y le descuartizan lentamente. El Ingeniero se despierta con los brazos dormidos. A veces, al levantarse, la ropa le huele a perfume de vainilla.

El Ingeniero fija la mirada. Limpia su revólver, un Colt Anaconda del calibre cuarenta y cuatro, como lo haría un autómeta. Lo ha hecho miles de veces y lo hace siempre de la misma forma. Extrae el cargador. Desmonta el cilindro. Limpia los anillos con un viejo cepillo de hierro, raspando los restos de pólvora incrustada. Limpia el cuadro. Introduce un diminuto pincel humedecido a través del cañón y lo agita rítmicamente, asegurándose de que cada movimiento es exactamente igual al anterior. Con la punta de un trapo quita el polvo acumulado en las rendijas de la culata. Deja secar las piezas y, al cabo de unos minutos, vuelve a montarlas con minuciosidad, como si estuviese operando a un paciente terminal. Es la Disciplina. Las cosas hay que hacerlas de una forma determinada o, si no, pierden su sentido. Todo sucede siguiendo unos parámetros.

El Maestro decía que si quieres pescar tienes

que mojarle el culo. Más adelante ya conseguirás que el pez salte dentro de la cesta. Porque la misión última del pez, igual que la de toda la naturaleza, es la de ofrecerse en sacrificio. La naturaleza es generosa. El sol ha asesinado cualquier rastro de vida en este Desierto, pero sin él no habría vida en este mundo. El Maestro decía que Dios abastece a la creación regándola con agua del pozo de la muerte. En su día no lo entendí. Sigo sin entenderlo.

La Toussaint había asesinado a mi familia. A mis amigos. A mi pueblo. Ahora yo tenía que matarlo a él. No podía ser de otra forma. La muerte engendra muerte. Amén.

Siete balas. Una por cada pecado capital. La séptima es para el diablo.

Dios nuestro Señor, a ti consagro estas pistolas. *Shantih. Shantih. Shantih.*

Máquinas que pasean sobre las dunas. El piloto, momificado dentro de la cabina, poca cosa puede hacer para variar su rumbo. Excavadoras de quince metros de altura que funcionan con energía solar dibujan surcos sobre la arena.

Una tarde llego a un bosque. Pinos centenarios desordenados: gigantes que han decidido juntarse para compartir la soledad de este sitio.

Camino entre los árboles y, aunque no me doy cuenta, me sigue un mimo. Viste mallas negras y camiseta de rayas. Lleva un bombín y las mejillas pintadas con círculos colorados. Sus intenciones no parecen buenas. Nunca en la vida había visto un mimo con una pistola.

He parado un momento a cagar detrás de unas zarzas y he visto su silueta recortada contra el sol del atardecer. He tenido que matarlo. Una hoja se desprende de su rama y antes de que caiga al suelo el mimo está muerto. Tres balas le han atravesado el cerebro. Las tres han entrado por el mismo agujero. Tendría que ahorrar munición.

No son mis balas mágicas. Esas las llevo guardadas en una caja de plata. Son para una ocasión especial. Las balas normales, las de toda la vida, sirven igual para matar a personas. Personas normales. La Toussaint no es una persona normal.

Justo cuando ese payaso muerto, medio enterrado en la maleza, empieza a ponerme ner-

vioso, recuerdo algo relacionado con los Hermanos Fisión.

Levanto la cabeza y miro a mi alrededor. Puedo ver el viento entre los árboles.

Los Hermanos Fisión eran malos. Lo habían sido en el pasado y lo seguían siendo en el presente. La gente se había vuelto malvada. El hombre, por su propia esencia, es un hijo de Dios, libre, pero la sociedad le corrompe y le vuelve lujurioso y violento. Y cuando un hombre prueba el sabor de la sangre y el sexo ya no hay marcha atrás para él. Está perdido. Hay que educar a las nuevas generaciones para que sigan el camino. Los niños son la esperanza. Los niños son luz y vida. Los Hermanos Fisión asesinan y violan niños y por eso tienen que morir. Por eso los malvados tienen que morir. Por eso La Toussaint tiene que morir.

Ando por un sendero. Veo algo en el suelo. Es un pajarraco muerto. Un águila. El cuerpo reseco, las alas fosilizadas. Una anécdota geológica. Me agacho y veo una sombra detrás de mí. Alguien más rápido que yo. Ya es demasiado tarde para hacer nada. Un golpe en la cabeza y el sabor a hierro oxidado en la lengua. Después, la oscuridad.